



Modelo de misionero y pedagogo: Fr. Bartolomé de las Casas, O.P.¹

De Fray Bartolomé de las Casas dice el hispanista norteamericano Lewis Hanke: “es una de la figuras más grandes y más discutidas de la conquista de América por los españoles”. Lo escribe en la introducción que hace a la primera gran obra del “Defensor de los Indios”, titulada “El único modo de atraer a todos los hombres a la verdadera religión”. La obra fue compuesta entre los años 1522 y 1524. En ella se recoge una ideología que habrá de mantener con su tenacidad característica hasta el último momento de su larga vida.

Es un verdadero tratado de teología misional, teórico y práctico, el mejor del siglo XVI, y marca un hito perdurable en este género de obras. [...]

El supuesto general es el siguiente: todos los hombres son iguales ante Dios, y por lo tanto Cristo llama igualmente a formar parte de su Iglesia a los hombres de “todas las naciones, tribus y lenguas, y de los ángulos de todo el orbe de la tierra”. Y si hubiera que hablar de cierta capacidad humana para recibir el mensaje evangélico, la raza india no desdice de ninguna. [...]

“La Providencia divina estableció, para todo el mundo y para todos los tiempos un solo, mismo y único modo de enseñarles a los hombres la verdadera religión, a saber: la persuasión del entendimiento por medio de razones, y la invitación y suave moción de la voluntad. Se trata indudablemente de un modo que debe ser común a todos los hombres del mundo”. [...]

Resalta de modo continuado, persistente, sin miedo al cansancio y con afán casi desmedido a través de todas las páginas de su voluminosa obra, que el método de evangelizar a los indios americanos tiene que ser “blando, suave, dulce y delicado”. [...]

El modo de mover, dirigir, atraer o encaminar la criatura racional al bien, a la verdad, a la virtud, a la justicia, a la fe pura y a la verdadera religión, ha de ser de modo que esté de acuerdo con el modo, naturaleza y condición de la misma criatura racional, es decir, de un modo dulce, blando, delicado y suave. [...] “Pues la fe proviene de oír, y el oír depende de la predicación de la Palabra de Jesucristo”.

Frente a ese método que él propugna, coloca luego el método contrario, seguido por muchos misioneros, doctrineros y educadores de aquel entonces: “si tales verdades se propusieran con arrebatos, y rapidez; con alborotos repentinos y tal vez con el estrépito de las armas que respiran terror; o con las amenazas o azotes, o con actitudes imperiosas y ásperas; o cualesquiera otros modos rigurosos o perturbadores, cosa manifiesta es que la mente del hombre se consternaría de terror. [...] Y no tendría por tanto ninguna afinidad o conveniencia con el acto de creer, sino por el contrario una disconformidad y una incongruencia de las más detestables”.

Sigue, como en sus grandes obras, un método y un estilo de argumentación plenamente escolásticos, a pesar de que su fondo doctrinal es del más subido humanismo, ya que parte de la dignidad y de la libertad del individuo y de los pueblos. Aduce de una forma ordenada y lógica abundantes pruebas de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, de los doctores de la Iglesia, del derecho civil y eclesiástico, de la historia y de la razón natural. No deja nada en el tintero, para conseguir demostrar que la evangelización tiene que rehuir toda fuerza física para ir derechamente al entendimiento y a la voluntad, exponiendo las verdades con claridad meridiana, repitiendo incesantemente y sin cansarse los argumentos, atrayendo con suavidad, dulzura, bondad y mansedumbre la voluntad de los nativos.

Los principios sentados en esta obra por Las Casas constituyen el mejor manual de pedagogía de la fe, digno de ser seguido a la letra en nuestros días. Si un principio clave de misionología es lo que se llama “inculturación”, Bartolomé de Las Casas con su defensa de los valores culturales de los indios, ha llevado la inculturación a su grado más alto. [...]

Advierte que hay “cinco partes integrales o esenciales que componen o constituyen la forma de predicar el Evangelio, de acuerdo con la intención y el mandato de Cristo: [...] que los oyentes, comprendan que los predicadores de la fe no tienen ninguna intención de adquirir dominio sobre ellos; que no los mueve a predicar la ambición de riquezas; que se muestren de tal manera dulces y humildes, afables y apacibles, amables y benévolos al hablar y conversar; que hagan nacer en ellos la voluntad de oírles gustosamente y de

tener su doctrina en mayor reverencia; que los predicadores tengan el mismo amor de caridad, con que San Pablo amaba a todos los hombres del mundo a fin de que se salvaran. La quinta parte, constitutiva de la forma de predicar, está contenida en las palabras de San Pablo: testigos sois vosotros, y también Dios, de cuán santa y justa y sin querrela alguna fue nuestra mansión entre vosotros, que habéis abrazado la fe”.